

*Ramón Torrent Macau\**

## LA CRISIS DE GOBIERNO DEL PROCESO DE GLOBALIZACIÓN Retos y oportunidades para Cataluña

El artículo presenta, desde una perspectiva interdisciplinaria, el estado actual del proceso de su globalización y la crisis de gobierno en la que se encuentra, resultado tanto de los cambios en el contexto mundial (que hubieran debido conducir a la introducción de modificaciones sustanciales de su *hardware* jurídico-institucional, diseñado en el periodo 1944-1947 —para el sistema multilateral— y en los años 1950 —para el proceso de integración europea— para hacer frente a lo que en aquel momento eran problemas considerados prioritarios) como de la inadecuación del *software* político que se ha pretendido hacer procesar por ese *hardware*. A continuación, se discuten las cartas que desde Cataluña se pueden jugar para adaptarse en las mejores circunstancias a esta situación de crisis.

**Palabras clave:** multilateralismo, regionalismo, integración, España, UE, OMC.

**Clasificación JEL:** F02, F13, F15, K33, N40.

### 1. Introducción

El objetivo de este artículo no es el de llegar a conclusiones definitivas sobre los temas que en él se discuten sino el de apuntar unas líneas de reflexión algo innovadoras. Comienzo en el apartado 2 con unas consideraciones sobre la fase actual del proceso de globalización y la crisis de gobierno que padece (me refiero a su «gobierno» y no a su «gobernanza» porque mi perspectiva será la tradicional de los poderes públicos). La discusión de esta crisis de gobierno sintetiza y actualiza los argumentos desarrollados con mayor amplitud en dos artículos recientes (Torrent, 2007a), (Torrent, 2007b). En la última parte intentaré abordar dichos problemas desde la perspectiva estrictamente catalana. Algunas de las ideas expuestas en ella fueron ya tratadas

en un trabajo encargado en 2002 por el Departamento de la Presidencia del Gobierno de la Generalitat (Torrent, 2003).

### 2. La crisis de gobierno del proceso de globalización en su fase actual

#### 2.1. La fase actual del proceso de globalización

Nunca debemos olvidar que el proceso de globalización no es nuevo y que el capitalismo ha sido siempre un sistema económico con vocación mundial. Si quisiéramos expresar en un gráfico la evolución del proceso de globalización en los últimos quinientos años, trazaríamos una línea ascendente que se empina en el siglo XIX (¿hay algo «*more global*» que la división del mundo en imperios coloniales o la Conquista del Oeste de Estados Unidos por emigrantes europeos?) para caer en picado en el periodo de entreguerras y retomar su ▷

\* Universidad de Barcelona. Coordinador de la Cátedra Internacional OMC/Integración Regional.

ascenso (desde muy abajo) después de la Segunda Guerra Mundial.

No por evidente y conocida (aunque a menudo olvidada) deja de tener relevancia esta consideración. En efecto, nos obliga a concentrarnos en los rasgos definitorios de la actual fase del proceso de globalización en vez de pensar y actuar como si «el mundo» hubiera aparecido ahora y antes sólo hubieran existido Estados-nación replegados sobre sí mismos (equivocada idea que late en mucha literatura sobre el «desbordamiento del Estado por las influencias de la globalización», que no olvida sólo este hecho sino que jamás los Estados habían tenido tanto peso sobre la economía como ahora, cuando un alto porcentaje del gasto es público y su capacidad normativa está bien consolidada). De nuevo, no por conocidos deja de ser útil referirse a cinco de dichos rasgos:

1) El cambio en los patrones de los flujos de comercio internacional, no sólo por el desarrollo del comercio intra-industria e intra-firma sino por el hecho de que algunos países en desarrollo se han convertido en exportadores de productos manufacturados tomando el lugar de algunos países desarrollados. En este sentido, resulta cuanto menos sorprendente que se tome (acertadamente) como buen ejemplo de la actual globalización las exportaciones de productos textiles por parte de ciertos países en desarrollo y las dificultades consecuentes para la industria de los países desarrollados, pero se olvide (culpablemente) la fase precedente del proceso de globalización en la que las exportaciones de los países desarrollados, comenzando por Inglaterra, arruinaban las manufacturas tradicionales de otros países, India en particular (exportaciones producidas, además, en condiciones laborales tan execrables o más que las ahora reinantes en los países en desarrollo).

2) El aumento exponencial de los movimientos internacionales de capital no ligados a inversiones extranjeras directas (IED). Debe ser expresado así, «movimientos no ligados a IED», porque no debe olvidarse que las IED estaban bien presentes en el capitalismo mundial hasta la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa.

3) El cambio de sentido de los movimientos migratorios que ha convertido a la Europa Occidental en receptora en vez de emisora de emigrantes.

4) Los efectos sociales y políticos de los avances en las tecnologías de la información y las comunicaciones (TICs). El progreso técnico ha sido el motor principal de crecimiento para la economía en su conjunto y para algunos sectores específicos en particular. Pero el desarrollo de las TICs (y de la televisión en particular) no sólo juega, hoy, este papel económico directo tan importante. Ha tenido otro efecto, aún más importante desde el punto de vista político y social: ha permitido «ver la globalización». Hasta la primera mitad del siglo XX, la globalización existía pero podía ser ignorada. Cuando los europeos, o nuestros descendientes, asolábamos el mundo con el tráfico de esclavos, los genocidios sistemáticos de poblaciones autóctonas, la potenciación del consumo de estupefacientes en China, la extracción de recursos naturales y el comercio a punta de fusil y la negación generalizada de derechos políticos en todas las colonias, todas estas barbaridades se producían, política y socialmente, «en otro planeta» (aunque eran las metrópolis y sus clases dominantes quienes se beneficiaran de ellas). Ahora, afortunadamente, esto ya no es posible: hay un solo mundo y, queramos o no, no podemos dejar de sentirnos ciudadanos de él. Esta es una realidad social y política extremadamente nueva (y positiva) que define nuestro tiempo y potencia los efectos del quinto rasgo que analizaré a continuación.

5) El quinto rasgo definitorio de la actual globalización es esencialmente político pero con consecuencias económicas inmediatas: Tras una transición de cincuenta años, el sistema colonial/postcolonial se está definitivamente extinguiendo, al menos en buena parte del mundo. En mi opinión, éste es el rasgo que más desconcierto genera, sobre todo en Europa: descubrir que Europa es cada vez menos importante en términos relativos y que antiguas colonias como la India o primeras potencias mundiales a las que se había conseguido subyugar o casi despedazar, como China, están adquiriendo el protagonismo que corresponde a su población (y que habían tenido en el pasado con la única interrupción del periodo colonial); descubrir que mil o más de mil millones de indios o chinos pueden acabar siendo más importantes que unos centenares de millones de europeos occidentales; esto es lo que en el fondo desazona a ciudadanos y políticos europeos. ▷

## 2.2. Una globalización en crisis de gobierno

### 2.2.1. Un orden mundial pensado para otro momento

Cuando se avizoraba el fin de la Segunda Guerra Mundial, hubo conciencia de que el mundo y, en particular, el capitalismo como sistema económico con vocación mundial, requerían un marco jurídico-político-institucional que procurara, al menos, impedir el retorno a las guerras comerciales (y no comerciales) generalizadas que habían ensangrentado el planeta en los últimos decenios y agravado la Gran Depresión. Así surgió el orden de postguerra. Lo importante para nosotros no es analizar sus conocidas insuficiencias, que en todo caso deberían ponderarse con sus innegables virtudes, nunca más manifiestas que en un momento de completo desconcierto y casi total inacción como el actual. Lo significativo es destacar que aquel orden correspondía a una realidad que no es la nuestra, ni en el plano económico ni en el político, y que además ha perdido una pata sumamente importante.

En el plano político, el orden internacional en el que seguimos viviendo, tal como se manifiesta en la composición del Consejo de Seguridad de la ONU, refleja no sólo el resultado de la Segunda Guerra, con Francia y el Reino Unido jugando aún un papel más importante que Alemania y Japón, lo cual es completamente ridículo, sino, más aún, una situación colonial. Tenemos tendencia a olvidar que, cuando se inventó Naciones Unidas, India aún era una colonia británica.

En el plano económico, la prioridad era prevenir las guerras comerciales entre bloques capitalistas enfrentados y encabezados por las «grandes potencias». Esta tarea exigía atacar los dos tipos de instrumentos utilizados: a) los estrictamente comerciales, que al entrar en competición eran capaces de engendrar muy dañinas espirales proteccionistas; b) los monetarios, en particular bajo la forma de devaluaciones competitivas y de restricciones a los pagos corrientes internacionales. Para lo primero se inventó el GATT, con su principio de la Nación Más Favorecida y su mecanismo de consolidación de un piso de liberalización (y, en consecuencia, de evitación de las espirales proteccionistas más allá de él) y para lo

segundo, el Fondo Monetario Internacional, con su obligación de liberalización de los pagos corrientes, su sistema multilateral de tipos de cambio «fijos pero ajustables» anclados en la paridad oro-dólar y su mecanismo de creación de liquidez internacional a través del déficit de la Balanza de Pagos estadounidense. Que dicho orden internacional, sobre todo por el lado monetario, consagrara la hegemonía de quien había realmente ganado la Segunda Guerra Mundial, es decir Estados Unidos, no debe hacer olvidar sus indudables efectos benéficos para el capitalismo mundial en su conjunto. Pero tampoco debemos olvidar que dicho orden dejaba de lado completamente lo que ahora constituye un aspecto esencial de la actual globalización, es decir, los movimientos internacionales de capital, cuya liberalización/regulación internacional se sacrificaba en el altar de la evitación de las guerras comerciales.

Por último, si bien el sistema estaba concebido bajo la óptica del multilateralismo, lo cierto era que tendía a funcionar más bien como un sistema plurilateral entre los grandes países capitalistas, con el resto de países o bien bajo hegemonía soviética y fuera del sistema o bien como convidados de piedra.

El orden de postguerra perdió una buena parte de su efectividad al derrumbarse el sistema de tipos de cambio en 1971. Que nos hayamos acostumbrado a dicho derrumbe no debe hacernos olvidar sus consecuencias perniciosas: no sólo sigue faltando el «prestamista de últimas instancia» sino que los precios mundiales no varían ya ahora sólo por las circunstancias que lo pueden justificar sino también porque varía el valor de la unidad en la cual se expresan<sup>1</sup>, lo cual no hace sino potenciar la inestabilidad económica y el predominio de los criterios especulativos sobre los fundamentados en la lógica productiva.

Resumiendo: seguimos viviendo en un orden que conserva todas sus insuficiencias de origen, que tiene una añadida (por haber perdido su «pata monetaria») y que, en cualquier caso, estaba ▷

<sup>1</sup> Sraffa (1960,1966,1983) discute este último problema en un alto nivel de abstracción, pero el estudio en profundidad de su análisis debería seguir siendo patrimonio de todo economista.

pensado para una fase del proceso de globalización que no es la actual.

### 2.2.2. *Un proceso de integración europea que ha acabado basándose en la teoría de la bicicleta (que avanza sin dirección ni proyecto político)*

El proceso de integración europea nació al servicio de un proyecto político claro: la superación del conflicto histórico europeo occidental (sobre todo entre Francia y Alemania) mediante el método de la cooperación económica. El instrumento era limitado: la construcción de una Unión Aduanera con algunas políticas comunes, así como ciertas obligaciones de liberalización del acceso al mercado y el reconocimiento generalizado de la obligación del trato nacional en las áreas de la economía distintas del comercio de bienes. Se creaba también una Comunidad con un sistema institucional propio y ciertas competencias atribuidas para producir nuevo derecho que permitiera profundizar el proceso. Se trataba con ello de adaptarse al mundo (el mundo de la Guerra Fría, bien y disciplinadamente anclados en el bloque liderado por Estados Unidos) y no de transformarlo; y, en su origen, el proceso fue incluso bien compatible con la pervivencia y defensa del colonialismo (se olvidó en efecto que la clase política francesa que inventó el proceso era la misma que la de las guerras de Indochina y Argelia y la invasión de Egipto en 1956 y el desencadenamiento de la fase moderna del conflicto de Oriente Medio).

Con sus limitaciones, el proceso tuvo un éxito indudable. Al cabo de 25 años, podía decirse «misión cumplida». Pero los gobernantes ni se conformaron con cuidar ese gran invento ni supieron encontrar un proyecto político alternativo al cual ponerse al servicio a mediados de los ochenta (a pesar de que, por primera vez después del fin de la Segunda Guerra Mundial, Gorbachov les ofrecía la posibilidad de diseñar un ambicioso proyecto reformista liderado desde Europa). Lo que se hizo fue consagrar lo que politólogos, periodistas y políticos han bautizado como la «teoría de la bicicleta» (o de los *spill overs*, para los más sofisticados) que se cae si no avanza. En otras palabras, la

integración dejó de ser un medio orientado a un fin para convertirse en un fin en sí mismo.

Y la bicicleta avanzó con pasos de gigante. En primer lugar se ampliaron los ámbitos cubiertos por el proceso, sobre todo en el ámbito monetario pero también en el de la política exterior y en el de los temas de justicia y policía. En segundo lugar, se fueron introduciendo sucesivos paquetes de reformas institucionales. En tercer lugar, se amplió el proceso geográficamente (me refiero a las ampliaciones de 1990 y 2000 porque la ampliación a España y Portugal fue más bien el cierre del periodo precedente).

Pero la «teoría de la bicicleta» tiene un pequeño problema: nunca precisa hacia adónde debe avanzar en términos de objetivos políticos. Así, este avance no fue acompañado del desarrollo de un nuevo proyecto político que pudiera sustituir al anterior. Según el gusto y la oportunidad, se han ido buscando *slogans* que permitieran encubrir dicha falta de proyecto: desde la «Europa gran mercado» como plataforma de poderío económico, a la «Europa de los ciudadanos», a la «Europa *global player*» que defiende un mundo multipolar (sin recordar las guerras planetarias causadas por un mundo de grandes potencias enfrentadas) a la casi patética «Europa de la estrategia de Lisboa» que debe liderar las transformaciones económicas del mundo.

Y así se ha llegado al momento en que la bicicleta se ha detenido no sólo de manera brusca sino, con toda probabilidad, definitiva, ante la sorpresa de quienes habían confiado ciegamente en su avance inexorable y, culpablemente, no se habían preocupado de repensar a fondo el proyecto político de la integración europea cuando esto aún era posible. Lo decisivo para los propósitos de este artículo es que ya nadie pone en duda ahora la crisis del proceso.

### 2.2.3. *El fin de la política del más sin una política alternativa*

Las crisis de gobierno del sistema multilateral y del proceso de integración europea quedaron ocultadas, desde la segunda mitad de los ochenta, por un gran activismo. Fue el periodo de la ▷

entronización de la «política del más», sobre todo del «más liberalización» en todas sus vertientes, unilateral, regional, bi- o plurilateral y multilateral. Muchos Estados de países en desarrollo liberalizaron radicalmente sus políticas y China inició un camino de profundo cambio liberalizador en lo económico. El proceso de integración europeo emprendió el avance acelerado a que ya me he referido. En el plano multilateral, el FMI encontró un rol bien efectivo en la producción ideológica liberalizadora diseñando un recetario que promovía a golpe de condicionalidad de sus préstamos (con el apoyo entusiasta de muchos gobiernos de países en desarrollo que iban más allá que las propias recomendaciones del Fondo). La Ronda Uruguay del GATT desembocó en 1994 en un ambicioso paquete de acuerdos que creaba la OMC y ampliaba la cobertura temática del sistema multilateral de comercio. E inmediatamente después se planteó ya la conveniencia del lanzamiento de una nueva Ronda de Negociaciones.

Esta «política del más» ha topado con un muro, sobre todo en el plano internacional. Este es un dato empírico que debe reconocerse, tanto si uno piensa que ha habido «demasiado» o «demasiado poco». En cuanto las circunstancias internas y externas han permitido que los principales países en desarrollo cancelasen sus deudas con el FMI, sanearan sus Balanzas de Pagos y accedieran a financiación relativamente barata en caso de necesidad, el Fondo se ha quedado sin el arma de la condicionalidad de sus créditos y, como consecuencia, se ha convertido en una especie de personaje en busca de papel en la escena internacional. Más significativo ha sido aún el fracaso en el pasado mes de julio del relanzamiento de la Ronda de Negociaciones de Doha en el seno de la OMC. Y el proceso de integración europea sigue enzarzado en su laberinto de reformas institucionales ligadas a la ampliación sin que nadie parezca recordar que en el Consejo Europeo que cerró en diciembre del año 2000 las negociaciones del Tratado de Niza se nos dijo, literalmente que «con la ratificación del Tratado de Niza, la Unión Europea habrá completado (sic) los cambios institucionales necesarios para la adhesión de nuevos Estados miembros».

Era fácil detectar ya hace tiempo que esta «política del más» no llevaba a ninguna parte y

debía ser sustituida por la «política del mejor» y, en todo caso, por la «política del distinto». Pero ello no se produjo y no parece que haya aún conciencia suficiente de la necesidad del cambio de enfoque. Lo relevante para este artículo es que ahora ya nadie puede negar la situación de *impasse* y un número cada día mayor de personas son conscientes de él.

#### 2.2.4. *Una visión realista sin pesimismo exagerados*

En mi opinión sería un error juzgar como pesimistas las anteriores consideraciones. Pesimistas y catastrofistas son, por ejemplo, las reacciones generalizadas a la crisis económica desatada en el último año, que sólo puede sorprender a quienes estaban ciegos o realmente creían en la mano de la Providencia, y que no pasara a mayores gracias a la enorme capacidad que, por mucho que a algunos les pese, aún conservan los Estados de los países desarrollados para sostener la demanda efectiva y preservar redes y servicios de cobertura que limitan los efectos sociales y políticos de la crisis.

No es una cuestión de pesimismo sino de realismo (de realismo incluso optimista): a) el mundo ya no es el de 1944-1947; b) los países desarrollados serán cada vez menos importantes (y Europa Occidental lo notará aún más que Estados Unidos porque no es capaz de consolidar un centro de poder económico-político-militar comparable al americano y su economía sigue, en general, creciendo menos que la americana, tanto en la fase ascendente como en la descendente del ciclo); c) y los países en desarrollo (al menos los principales dentro de ellos) seguirán siendo cada vez más importantes, reencontrando algunos su influencia pasada, e impondrán progresivamente el peso de su población y de su PIB en términos absolutos aunque, per cápita, quizá jamás alcancen los niveles de los países desarrollados, excepto si, a muy largo plazo, se consigue reducir drásticamente la población del planeta para que éste pueda acoger con un nivel de bienestar alto a todas las personas que viven en él (y no sólo a las de los países que «han llegado primero»).

### 3. Retos y oportunidades para Cataluña

#### 3.1. *¿Qué cartas jugar desde Cataluña en la mesa de la globalización del siglo XXI?*

Durante decenios, los sectores dirigentes de la sociedad catalana no se han cuestionado el mundo. Se ha asumido que el mundo era y seguiría siendo aquello que se decidía en los centros de poder establecidos de los países desarrollados. La fe en el proceso de integración europea era casi ciega y el convencimiento de que, en último extremo, eran los Estados Unidos quienes mandaban, del todo y en todos los ámbitos, era casi completo. De lo que se trataba era de adaptarse, de la manera más ortodoxa y obediente posible, a este mundo que se consideraba dado.

En las secciones precedentes he intentado argumentar que esta visión no es acertada. Este anclaje externo de la vida económica, social y política catalana se está mostrando poco sólido. El mundo ha cambiado y lo ha hecho definitivamente. ¿Qué hacer ante ello?

La primera opción es bien sencilla y vale tanto para Cataluña como para España en su conjunto: no hacer nada y esperar que, como en el pasado, las cosas sigan yendo, en el futuro, en términos relativos, mejor que en Europa Occidental. El riesgo principal de este planteamiento radica en que el estancamiento europeo, por no decir su declive, al menos en términos relativos, quizá sea tan acentuado que «hacer mejor que Europa Occidental» no sea suficiente. En este sentido, falta aún mucha conciencia, en Cataluña y en España, de cuál es la situación real de la economía europea. Para bien percibir su degradación, quizá sería mejor referirse menos a estadísticas y circular más por ciudades italianas (Milán incluida) o tomar el RER desde el aeropuerto Charles de Gaulle hasta el centro de París. En otras palabras, o bien la Europa Occidental va mucho mejor en el futuro que en estos últimos veinte años, de lo cual no hay síntomas, o bien Cataluña debe ir mucho mejor que ella si quiere ir medianamente bien, y esto es muy dudoso que ocurra si no se hace nada.

En cualquier caso, más vale pensar en una segunda opción: jugar modestamente, pero con resolución y ambición, las pocas cartas de que real-

mente se dispone en la mesa de la globalización del siglo XXI. Pero para ello es necesario determinar primero, con lucidez y sin crearse espejismos ni dejarse llevar por la retórica a la moda, cuáles son estas cartas. Y aquí sí que Cataluña se diferencia bastante del resto de España, al menos por lo que se refiere a los cuatro triunfos principales que puede poner sobre el tapete.

El primero es el de la geografía y el clima. Para insertarse en la economía mundial, el rincón noroeste del Mediterráneo es un lugar de privilegio. Geográficamente, es un punto de acceso a Europa Occidental, bien cercano de todas sus principales capitales, así como una bisagra por tierra y por mar entre España y Francia y, en un marco más general, entre Europa y África (y Asia a través del Canal de Suez); y esto es bien importante para empresas transnacionales que miran muy a menudo el mundo sin fijarse demasiado en las fronteras políticas. Climáticamente, dispone de un clima sumamente agradable, templado y seco pero con estaciones bien diferenciadas; y esto también es sumamente importante para tantas personas obsesionadas con el clima inclemente que les ha tocado en suerte, por frío, por humedad y nubes o por calor, todos ellos excesivos, sobre todo cuando la combinación de mar y montaña permite aprovechar al máximo el clima catalán. Estas características deben subrayarse porque no hay suficiente conciencia en Cataluña (ni en Madrid y el resto de España) de su absoluta excepcionalidad en el plano mundial ni de las enormes ventajas comparativas que ofrecen para insertarse en la fase actual del proceso de globalización. Se debe haber vivido bastantes años fuera de España para comprender hasta qué punto los argumentos relativos al clima son determinantes, sobre todo para aquellos que pueden tomar decisiones sobre su propio destino económico, es decir quienes mandan en el mundo económico y político.

El segundo deriva en buena medida del primero pero también de un pasado cultural armoniosamente integrado con el presente, así como de la inexistencia (¿por el momento?) de tensiones sociales graves. Me refiero a la posibilidad de una calidad de vida casi única en el mundo que es algo de la mayor importancia para atraer determinadas actividades de alto valor añadido. No se ▷

trata aquí de caer en chauvinismos o en autocomplacencia sino de discutir la tesis con argumentos empíricos. Y para ello ya son útiles algunas encuestas con comparaciones internacionales, pero aún es más útil situarse ante una bola del mundo, habiendo viajado algo y habiendo preguntado a personas que también lo han hecho, e intentar encontrar otras zonas del planeta que puedan ofrecer, en un espacio tan pequeño, playas espléndidas, estaciones de esquí, elevado nivel de seguridad ciudadana, tradición cultural, incluyendo arquitectónica, y proximidad a otros centros económicos y culturales (tradición y proximidad que no existen en Sydney, por ejemplo) junto con alta gastronomía.

El tercero es el de mantener, a pesar de todo, una economía relativamente equilibrada, donde al peso del sector servicios (comenzando por el turismo) se añade el de una industria manufacturera significativa (no sólo con grandes empresas como SEAT sino con dinámicas empresas pequeñas y medias como las agrupadas en AMEC) y un sector agroalimentario bien importante. También esto es conocido pero bien a menudo olvidado; en efecto, ¿por qué hay tan poca conciencia colectiva en el conjunto de España de que Cataluña es «la» gran región turística española o una de sus grandes regiones agrícolas?; ¿por qué se insiste tanto, e incorrectamente, en que Cataluña está perdiendo su industria?<sup>2</sup> Frente a este olvido, hay que subrayar que el hecho de tener una economía tan bien anclada en una de las industrias típicas de la actual globalización (el turismo internacional) pero al mismo tiempo relativamente bien diversificada constituye una de las cartas a jugar desde Cataluña para su inserción en la economía mundial.

El cuarto triunfo a jugar desde Cataluña es el de su relativa pequeñez. No tanto por lo de «*small is beautiful*» sino porque al ser pequeña ante un mundo tan inmenso basta con tener algunos éxitos en la estrategia de inserción internacional que, siendo muy pequeños en una perspectiva mundial,

serán ampliamente suficientes desde la perspectiva catalana. También en esto Cataluña es distinta de España tomada en su conjunto, mucho mayor y que requiere tener más y mayores éxitos.

### 3.2. Algunas iniciativas concretas

Como se ha dicho al inicio, el objetivo de este artículo es simplemente esbozar algunas líneas de reflexión. Basta por tanto, ahora, apuntar algunas ideas que ilustran cómo podrían jugarse las cartas expuestas en la sección precedente.

#### 3.2.1. Integrar adecuadamente todo el territorio de Cataluña con Barcelona como centro o capital

Efectivamente, las ventajas comparativas de que dispone Cataluña en cuanto a geografía, clima y calidad de vida no pueden referirse ni a Barcelona ni al resto de Cataluña por sí solas; sólo pueden referirse a Cataluña en su conjunto con Barcelona como capital. «Reconstruir e integrar adecuadamente Cataluña» desde el punto de vista de las infraestructuras sigue siendo una tarea pendiente después de treinta años de gobierno democrático y autónomo, y no sirve de excusa para ello el «mal trato presupuestario» recibido, tan cierto como voluntariamente aceptado y querido por los sucesivos gobiernos catalanes a cambio de mantenerse en el poder. El problema es más amplio y profundo: no se ha repensado la Cataluña del siglo XXI como Cerdá, por ejemplo, fue capaz de repensar, con muchos años de anticipación, la Barcelona del siglo XX. Quizá no se ha repensado porque, pura y simplemente, no ha interesado a los gobernantes, mucho más preocupados por mantener sus clientelas.

#### 3.2.2. Potenciar el Puerto de Barcelona y la conexión ferroviaria con Francia

Ya está bien que desde Cataluña se reclame la atención debida al aeropuerto de Barcelona. Pero es inexplicable que no se haya puesto la misma energía en reclamar al menos la misma atención ▷

<sup>2</sup> De nuevo, es mejor aquí dejar de lado las estadísticas y otras fuentes secundarias e ir directamente a los hechos: ¿se ha comparado desde un avión la diferencia entre el acercamiento a Madrid y el acercamiento a Barcelona por lo que se refiere al tejido industrial?

para el Puerto de Barcelona y una conexión ferroviaria adecuada para el transporte de mercancías con Francia. Aquí sí que la geografía es aún más indiscutible que en el caso del aeropuerto (sin entrar además en polémicas con Madrid porque nadie podrá negar que Madrid no tiene mar o que Barcelona es el puerto de mar español importante más próximo a Francia en el Mediterráneo). De nuevo, el problema es aquí más profundo que la queja por la escasez de recursos presupuestarios. Demuestra más bien la incapacidad de establecer prioridades en el seno de los sectores dirigentes catalanes.

### 3.2.3. *Constituirse como uno de los puntos de entrada en la Unión Europea de las grandes transnacionales asiáticas*

Aquí es donde juegan sobre todo las cartas de la pequeñez y de la diversificación económica. El mundo de las transnacionales asiáticas es (¡y será!) tan grande y Cataluña es tan pequeña (y diversificada) que basta con algunos éxitos concretos para que la estrategia general tenga éxito en su conjunto. Para exponer la idea en pocas palabras y en términos algo provocadores, Cataluña debería al menos preguntarse cuál es el futuro más prometedor para SEAT: ¿ser el eslabón del sur de una transnacional alemana o el punto de entrada en Europa de una transnacional china o india? Obviamente, el ejemplo es fácilmente generalizable.

### 3.2.4. *Atraer divisiones especializadas de grandes empresas transnacionales*

La polémica (y el resquemor), típicamente catalanes, sobre la «pérdida de sedes centrales» de empresas (en ocasiones a favor de Madrid) no parece conducir a ningún lado, sobre todo cuando contemplamos el nuevo panorama de la globalización. En cambio, parece bien prometedor una estrategia tendente a la captación de divisiones especializadas de grandes empresas transnacionales, jugando con las cartas de la geografía, el clima y, en general, la calidad de vida (muy significativas en este contexto, como cualquier alto ejecuti-

vo confirmará). Son indiscutibles las ventajas comparativas de Barcelona respecto a cualquier otra ciudad europea, pero estas ventajas deben potenciarse y consolidarse tomando decisiones que en ocasiones no son fáciles y que van desde la instalación de campos de golf (desgraciadamente si se quiere, pero es un hecho que los altos ejecutivos practican esta actividad) a la oferta de servicios educativos adecuados (porque es dudoso que la política de inmersión lingüística en catalán sea un gran aliciente para empleados no españoles de dichas divisiones especializadas a la hora de decidir el colegio de sus hijos).

### 3.2.5. *Potenciar las joint ventures con empresas de países asiáticos en sectores donde se dispone de know how*

En ocasiones no se reflexiona sobre dónde se dispone, en Cataluña y en España, de un *know how* realmente de primer nivel mundial. Para argumentar también a partir de un ejemplo: ¿En qué sector podemos plantarnos ante China como un líder mundial; en el de las telecomunicaciones o en el agroalimentario, con empresas como las leridanas o las del Penedés que han sido capaces en tres decenios de integrar la pequeña explotación agrícola con los mercados mundiales (uno de los retos de la economía china, precisamente)? Es evidente que es en el segundo. Pues bien, el ejemplo puede perfectamente generalizarse en la economía diversificada de Cataluña.

### 3.2.6. *Potenciar algunos sectores dentro de la «economía del conocimiento»*

Quizá sería mejor olvidarse de tanta retórica sobre la «economía del conocimiento». Parece bastante claro que el liderazgo en este ámbito no pasa por el Mediterráneo. Nuestras ventajas comparativas (y nuestra herencia histórica y económica) son las que son y es mejor no llevarse a engaño. Pero ello no obsta a que no se procuren potenciar algunos sectores que puedan beneficiarse de dichas ventajas comparativas, que no sean extremadamente costosos y que presenten externalidades ▷

positivas claras. Tampoco es éste el lugar para identificarlos. Me bastará, de nuevo, a título de ejemplo, mencionar el sector de la formación postgraduada en Negocios y Administración de Empresas, donde Cataluña ya juega un papel muy destacado en el plano internacional, y añadir a él el sector de la formación postgraduada en derecho económico internacional y relaciones económicas internacionales, que parece reunir todas esas características y que la Secretaría de Estado de Comercio ya está también impulsando.

### Bibliografía

- [1] SRAFFA, P (1960, 1966, 1983): Producción de mercancías por medio de mercancías, 1ª edición, 1966 y 2ª edición, 1983, Barcelona, Oikos-Tau, traducción española de su libro en inglés e italiano publicado en 1960.
- [2] TORRENT, 2003: Catalunya en el món: Elements de reflexió per a una visió renovadora, Barcelona, Generalitat de Catalunya, Departament de la Presidència.
- [3] TORRENT, R (2007a): «El marco jurídico internacional de la economía mundial: ¿cómo cambiar su enfoque para que recobre sentido?», *Revista Económica de Castilla-La Mancha*, nº 10, 2007, pp. 249- 285.
- [4] TORRENT, R (2007b) R. Torrent, «¿Cómo se engendró en los años 1980 la crisis del proceso de integración europea que ha estallado en los años 2000?», *Cuadernos Europeos de Deusto, ejemplar dedicado a: ¿Éxito o fracaso de la UE? Balance 1957-2007*, nº 37, 2007, pp. 145- 176.

